



Liverani, M.

Assiria. La preistoria dell'imperialismo

Ed. Laterza, col. Cultura Storica, Roma, 2017

351 pp., 24 cm

ISBN: 978-88-581-2668-4

27'92 €.

Autor de numerosas monografías y un sinfín de artículos, Mario Liverani es considerado una de las figuras más destacadas de la investigación sobre el Próximo Oriente antiguo. De entre sus trabajos se encuentran *L'origine de la città* (Roma 1986), *Guerra e Diplomazia nell'Antico Oriente, 1600-1100 a.C.* (Roma 1994); *Uruk, la prima città* (Roma 1998); *Antico Oriente. Storia, società, economia* (nueva edición, Roma 2011); o *Imaginare Babele. Due secoli di studi sulla città orientale antica* (Roma 2013). Por toda su trayectoria, ha recibido reconocimientos como el Doctorado *Honoris Causa* por

la Universidad de Copenhague y por la Universidad Autónoma de Madrid.

El objetivo de la obra, como el mismo autor afirma en la introducción, es hacer una reconstrucción de la ideología imperial asiria. Sin embargo, pretende inscribir dicha ideología imperial dentro de un marco comparativo más amplio que permita, por una parte, entender mejor el caso asirio y, por otra, observar como el caso asirio puede contribuir a la comprensión del fenómeno general del imperialismo. En esta línea, señala que en muchos casos se ha aplicado el concepto “imperio” a diferentes entidades políticas sin un criterio determinado, lo que ha traído consigo la pérdida de valor explicativo del término. Para el profesor Liverani, el mínimo común denominador de todos los imperios es el principio ideológico de someter y homogeneizar el mundo conocido, lo que él denomina la “misión imperial”.

Las fuentes con las que el profesor Liverani ha trabajado son fundamentalmente las inscripciones reales además de documentos procedentes de los archivos estatales y fuentes iconográficas asociadas a las propias inscripciones. En cuanto al arco temporal, la obra comprende desde las primeras experiencias imperiales sólidas en época del Bronce Final (segunda mitad del II milenio a.C.) pero fundamentalmente la época del Imperio Neoasirio durante la primera mitad del I milenio a.C.

La obra está organizada en treinta capítulos a los cuales podemos agrupar en tres partes: los primeros quince en los cuales el profesor Liverani define la ideología imperial Asiria y sus distintos aspectos, seguidos por otros diez capítulos en los que el autor analiza la presencia concreta de dichos principios ideológicos a nivel institucional y finalmente cinco capítulos dedicados a una serie de reflexiones finales sobre el imperialismo asirio y su comparación con otros imperios de la Historia.

En los primeros cinco capítulos se definen los aspectos básicos de la ideología

imperial asiria. En el primer capítulo el autor señala la importancia del aspecto religioso donde el verdadero rey es el dios Aššur y el rey humano es solo su vicario (*iššak aššur*). Por lo tanto, el rey actuaba por mandato divino. En el momento en el que el rey era entronizado, su misión consistía en ampliar el territorio controlado por la divinidad. Para llevar esto a cabo, el rey debía contar con sistemas de comunicación fiables con la divinidad, analizados en el segundo capítulo. Así, los presagios, naturales o provocados, eran vitales para la acción política. Por su parte, la comunicación inversa, del rey al Dios se realizaba mediante ofrendas de agradecimiento por la buena marcha de la campaña una vez finalizada y que nos han llegado mediante las “cartas al Dios”. Toda ideología imperial está conectada con una concepción concreta de la guerra, explicada en el capítulo tercero. La guerra en Asiria se entendía como santa y justa a la vez, al ser una guerra incentivada y avalada por Aššur y precisamente era justa por ser santa, y en la que el derrotado es culpable ante los dioses. Así pues, el rey, por mandato divino, se lanza a la conquista del mundo el cual previamente hay que explorar, tal y como se explica en el capítulo cuarto. En este sentido se habla del conjunto de acciones de muchos reyes destinadas a abrir nuevas rutas de expansión, siembre cruzando el horizonte. En el capítulo quinto, dichos territorios se presentan como inhóspitos y hostiles, en consonancia con una idea de periferia caótica que el rey, por mandato de Aššur, debe conquistar. Las regiones circundantes al imperio Asirio eran fuente de recursos tanto ideológicos como materiales. En lo ideológico, al concebir a Asiria como el centro del mundo, ser rey de las “cuatro regiones” o reinar del Mar Superior (Mar Mediterráneo) al Mar Inferior (Golfo Pérsico) implicaba gobernar sobre el mundo conocido. En lo material hay que recordar que muchos de los minerales y materias primas necesarias en Asiria procedían de regiones externas.

Los siguientes cinco capítulos son los que el autor dedica a lo que podemos denominar el “aparato celebrativo”. Así pues, el capítulo sexto explica la función de una práctica de “coleccionismo”. La idea de controlar todo el mundo conocido requiere de una manifestación visual, lo cual se obtiene rellenando este centro del mundo de un conjunto de partes representativas de otras regiones: plantas, animales, objetos, estilos arquitectónicos y textos y conocimientos (destacando Babilonia, por cuyos conocimientos los asirios sentían especial veneración). Una vez conquistada y organizada una región, es imprescindible comunicar la gesta al público interno que represente la victoria del rey y la gloria de Aššur, acción descrita en el capítulo séptimo. Este despliegue comunicativo se centraba en un conjunto de ritos, representaciones y monumentos que dejaban constancia de las hazañas bélicas. Otra de las acciones requeridas tras la campaña militar era la construcción de una estela allí donde el rey había llegado con su ejército tal y como se describe en el capítulo octavo. Se trataba de un acto simbólico donde se señalaba el límite del mundo conocido, generando una frontera ideológica dispuesta a ser ampliada. Pero el elemento fundamental en donde vemos la plasmación de la ideología real es descrito en el capítulo noveno; se trata de las inscripciones donde el conjunto de las campañas realizadas por un rey a lo largo de su reinado son puestas por escrito y representadas sobre las paredes de los palacios. Si las entendemos como una forma de comunicación, podemos pensar en una intencionalidad propagandística tanto hacia la élite política como hacia sectores de la población más amplios. A su vez, dentro de las inscripciones reales destaca, por su componente ideológico, la titulatura real descrita en el capítulo décimo. La titulatura básica cuenta con una larga tradición histórica que arranca en época paleoasiria pero que a partir de

época mesoasiria pasa a incorporar títulos meritorios, señalando la fuerza, el poder y la hegemonía del rey.

Por último, en los siguientes cinco capítulos se explica la manifestación fáctica de la ideología imperial en el campo de su actividad más representativa, la militar. Así pues, en el undécimo capítulo se explica la justificación de la campaña militar; una justificación que consistía en difundir la idea de que era necesario defenderse de una periferia bárbara que desea destruir el orden establecido, para así poder movilizar los recursos humanos necesarios. Seguidamente, dentro de lo que podemos definir como el combate en sí descrito en el capítulo duodécimo, vemos que, pese a que a lo largo de una campaña los asedios eran mucho más numerosos, desde el punto de vista ideológico la batalla campal tiene una serie de connotaciones de tipo heroico más susceptibles de ser explotadas ideológicamente y por ello están más representadas. Por su parte, en el capítulo decimotercero, se tratan las relaciones formales establecidas con el enemigo. La rendición o derrota ante el ejército asirio desembocaba en el sometimiento que se manifestaba en el tratado de vasallaje (*adê*) en los cuales se aprecia que el reino sometido quedaba a merced de las decisiones asirias. Al situar a Aššur y a diferentes divinidades como testigos del juramento, su violación es considerada además un acto de impiedad. En el capítulo decimocuarto, se señala como una vez ganada la batalla y conquistado un territorio el rey asirio podía revelar su cara más amable perdonando al vencido o su faceta más dura con castigos ejemplares. Dentro del resultado de una campaña, una acción recurrente era destruir por completo una ciudad tal y como se señala en el capítulo decimoquinto. Sin embargo, era igualmente común construir encima una ciudad nueva, una especie de refundación de la ciudad al estilo asirio con la imposición de un gobernador.

A partir del capítulo dieciséis vemos que el autor pasa a describir el imperialismo asirio en su vertiente institucional, en la que los primeros cinco capítulos están dedicados a la coordinación política del Imperio Asirio. De esta forma, en el capítulo decimosexto se describe como una de las facetas de la “misión imperial” el imponer el sistema político propio a la periferia; en este caso, la realeza y la administración asiria a las regiones conquistadas. En el capítulo decimoséptimo, por otra parte, se hace hincapié en la idea de que conquistar el mundo era necesario, pero no suficiente, puesto que después había que organizarlo y esto se hacía mediante cuatro acciones que el autor desarrollará a lo largo de este y los siguientes tres capítulos. En primer lugar estaba la necesidad de una nueva capital para el Imperio que, a diferencia de Aššur, contara con un territorio agrícola capaz de sustentarla, aunque Aššur siempre será la capital religiosa y sede del dios nacional. Por su parte, en el capítulo decimoctavo se describe el sistema de provincialización de los territorios conquistados donde el Imperio Asirio se configura como un mosaico de pequeñas provincias. El capítulo decimonoveno está dedicado a cómo se realizaba la gestión de la población conquistada, siendo sometida a tributación y a deportaciones cruzadas con el objetivo de deshacer los lazos sociales de las comunidades y homogeneizar la población que habitaba el Imperio. Igualmente, de cara a cohesionar el territorio era fundamental una red de comunicaciones sólida, algo que es descrito en el vigésimo capítulo.

El imperialismo asirio a nivel institucional pero desde puntos de vista social, económico y cultural es explicado en los siguientes cinco capítulos. El capítulo vigesimoprimerio explica que un individuo era considerado asirio en el momento en el que era conquistado, con las mismas obligaciones fiscales y laborales. En cuanto a la gestión económica del imperio desde el punto de vista ideológico, comentada en el capítulo vigesimosegundo, la prosperidad económica

es fruto de la conquista, pacificación y ordenación del territorio, además de ser la consecuencia de un gobierno con arreglo a los mandatos divinos.

La faceta más cultural del imperialismo asirio está descrita en tres capítulos (vigésimotercero, vigésimocuarto y vigésimoquinto) donde el autor observa que se pretende una uniformidad en cuanto a la tecnología, la religión y la lengua. Desde estos tres aspectos podemos observar esa misión civilizadora de toda ideología imperial. En lo tecnológico apreciamos que la tecnología asiria es aplicada a la periferia. En lo que respecta a la religión, una vez los asirios conquistan un territorio sitúan al dios Aššur sobre las divinidades locales estableciendo su primacía al frente del panteón. Finalmente otro aspecto cultural en el que se buscó la homogeneidad fue la lengua. El idioma por excelencia del Imperio fue el asirio; pero las deportaciones provocaron la expansión del arameo, lengua de la mayoría de las poblaciones deportadas. Por este motivo, Asiria se vio obligada a aceptar el arameo como segunda lengua de la administración.

Los últimos cinco capítulos están dedicados a una serie de reflexiones finales en torno al imperialismo asirio en particular y a su importancia dentro del fenómeno imperialista a lo largo de la Historia. En el capítulo vigésimosexto vemos cómo se resume el conjunto de convergencias y paralelos que el autor ha ido estableciendo a lo largo de la obra entre el Imperio Asirio y otros imperios. Seguidamente, en el capítulo vigésimoséptimo ahonda en esta cuestión de la transmisión de la ideología imperial y de su trayectoria en otras formaciones imperiales. En el capítulo vigésimoctavo, el autor plantea una serie de diferencias y semejanzas entre el imperio Asirio y los imperios modernos. Pese a las evidentes diferencias organizativas y de gestión del territorio, vemos que la ideología imperial es sustancialmente la misma. Uno de los aspectos que más se repiten en todo fenómeno imperialista es recogido en el capítulo vigésimonoveno, la

retórica celebrativa y triunfal del discurso conquistador exponiendo los beneficios de la expansión, obviando los resultados negativos de la política imperial. Finalmente, el capítulo trigésimo, a modo de colofón, está dedicado a la visión del imperialismo asirio desde fuera tal y como se puede apreciar en documentos babilonios, en el texto bíblico y en autores clásicos.

Dentro del conjunto de trabajos que se están publicando sobre el tema del imperialismo asirio, seguramente la obra del profesor Mario Liverani sea la más completa y minuciosa. No se centra exclusivamente en definir la ideología imperial asiria, sino que estudia con profundidad cómo ésta impregna todos los aspectos de la acción política asiria y como se manifiesta a lo largo de su historia. Igualmente, a través de la obra podemos acceder al conjunto de tradiciones ideológicas acerca de la realeza y el poder que se tenían en Próximo Oriente y cómo esas tradiciones son recogidas por los reyes asirios y proyectadas hacia sus propios objetivos políticos. Por su parte, la obra también está salpicada de continuas referencias comparativas a otros proyectos imperialistas que se dieron a lo largo de la historia, con la intención del autor de situar al Imperio Asirio entre otros grandes imperios de la Historia.

Juan Álvarez García